

VIII

SOBRE LA EDICIÓN FOTOCROMOLITOGRAFICA DEL CÓDICE DEL
LAPIDARIO QUE PERTENECIÓ AL REY DON ALFONSO X.

Excmo. Señor:

Para que la Academia pueda evacuar debidamente el informe que se sirve pedirle la Dirección general de Instrucción pública, Agricultura y Comercio, sobre la edición fotocromolitográfica del famoso Códice del *Lapidario*, que perteneció al rey D. Alfonso X, existente hoy en la Biblioteca del Escorial, los individuos que suscriben han aprovechado la ocasión de examinar allí el original y compararle minuciosamente con lo estampado. La idea de la publicación se recomienda por sí misma.

El presbítero D. José Fernández Montaña, nuestro Correspondiente, el bien reputado artista D. Antonio Selfa y D. Hipólito Rodríguez y Sagasta han concebido el laudable y fecundo proyecto de publicar por el prodigioso medio de la fotografía y cromolitografía los más celebrados y preciosos códices del Escorial, prestando servicio de suma importancia y trascendencia á las letras y á las artes. Han comenzado, con feliz acuerdo, por un códice único y singularísimo, mandado escribir por el sabio rey D. Alfonso, que le estimaba como una de sus mayores joyas. Vino á parar á la rica librería de D. Diego de Mendoza, y de ella lo adquirió el rey D. Felipe II para enriquecer la de la octava maravilla del Orbe.

Desgraciadamente la obra no ha llegado completa á nosotros; pero si el índice y encabezamiento, que los editores han tenido el buen acuerdo de poner á la cabeza del libro, como así quería el Rey Sabio que estuviera, por más que ande ahora separadamente encuadrado. La obra constaba de once partes, y la primera es la única y sola que en el Escorial existe. Formaba, pues, varios gruesos volúmenes.

Véase el título general: «Aquí comienza el libro delas formas et delas ymagenes que son en los cielos, et delas virtudes et de

las obras que salen dellas en los cuerpos que son dyuso del cielo dela luna: que mando componer delos libros delos filosofos antiguos el mucho alto et onrrado don ALFONSO, amador de sciencias et de saberes, Por la gracia de dios REY de Castiella, de Toledo, de Leon, de Gallizia, de Seuilla, de Cordoua, de Murçia, de Jahen, et del Algarve, Et fijo del mucho onrrado REY don FERNANDO, Et de la REYNA donna BEATRIZ. Et fue començado este libro en el anno xxv de su regno. Et la era de Çesar, en mill et trezientos et catorze annos. Et la del nuestro sennor ihesu xpo, en mill et dozientos et septaenta et seys annos. Et acabose, en el xxviiº anno de su regno. Et la era de Çesar, en mill et trezientos et xxvii annos. Et la del nuestro sennor ihesu xpo, en mill et dozientos et setaenta et ix annos.»

La primera parte «es de Abolays, que fabla de las ymagenes et de sus obras que se fazen en las piedras por los grados de los doze signos; et á en ella trezientos et sessaenta capitulos.» Esta es la que se guarda en la Biblioteca escurialense y entra ahora en el dominio público. Las demás eran de Tintim, Pitágoras, Xluz, Belyeno, Plinio Utarit, Ragiél, Yacoth y Aly: todas se refieren á las virtudes y empleo de las piedras, á su relación con los signos del cielo, y á su influencia en el nacimiento y suerte de los hombres.

No parece ocasión ésta de juzgar literaria y científicamente la parte primera que *fabla de trezientas sessaenta piedras* nobles y viles, preciosas y comunes, y de sus virtudes, propiedad y caracteres. Supónese escrita primitivamente [en caldeo, traducida al arábigo por el sabio rabino Abolays, perdida después durante mucho tiempo, hallada y poseída al fin por el inmortal autor de *Las Partidas*, que encargó al clérigo Garci-Pérez la versión castellana, para que los hombres entendiesen mejor el libro y de él se supiesen aprovechar.

Vulgarizado ya por las maravillosas artes auxiliares de la imprenta, los hombres de ciencia indagarán que pudiera deberle hoy la Mineralogía y la Química, la Física y la Medicina; los filólogos compararán el lenguaje del *Lapidario* con el de los *Libros del saber de Astronomía*, y con el de las obras y opúsculos legales, viniendo á poner en su punto cuál era el estado general del habla castellana en la segunda mitad del siglo xii, y si éste obedecía á

un sistema uniforme, ó se variaba ó singularizaba según el genio, gusto, educación y ciencia de cada escritor, en los muchos que ayudaron al Rey Sabio en sus colosales empresas científicas y literarias. Entonces podrá asegurar la bien fundada crítica si el Rey daba por sí mismo unidad y enlace armonioso á tan diversas obras, apropiándose las en cierta manera, ó si por el contrario las dejaba con el desconcierto en el plan, método y estilo, que vemos deslucir mucho de lo que ahora se escribe en colaboración.

Con lo dicho hasta aquí resulta justificada paladinamente la importancia y trascendencia de la interesantísima publicación acometida por los Sres. Fernández Montaña, Sella y Rodríguez. El filólogo, el naturalista, el estudioso, en una palabra, tienen que agradecer por extremo que venga á ser de dominio público lo que hasta el presente había de estimarse desconocida y estéril curiosidad bibliográfica.

Pero el artista, el poeta y el historiador no han de agradecer menos la fidelísima reproducción del código. Consta éste de 119 hojas, ó sea 238 páginas en folio; 226 con dos viñetas y dos letras capitales, rica y bellamente adornadas. Pátese el libro por los doce signos del Zodíaco; al principiar cada uno de ellos, ocupa entera toda la plana el correspondiente signo, rodeado de las constelaciones respectivas, y abrazado en torno por el cielo empíreo con los coros angélicos. Ya se sabe la influencia que suponían los antiguos ejercer los astros sobre todos y cada cual de los seres terrenales. El signo del Zodíaco se figura, según lo que de antiguo se le atribuye; y á ello se asemejan más ó menos los objetos que son asunto de cada capítulo particular, dando ocasión á hermosa variedad dentro de la unidad misma, variedad tan del gusto de los artistas ingeniosos en la Edad Media.

Las dos viñetas de las demás planas aluden á la materia principal que allí se dilucida; así como las dos letras capitales toman por asunto el lugar en donde y como se halla la piedra correspondiente de las 360, y el minero, el pescador, ó el inventor feliz que se la presenta al filósofo. Este aparece casi siempre abismado en el estudio. De aquí el vivo interés artístico, histórico y poético de la publicación, donde minuciosamente y con sus propios colores se retratan ciudades, castillos y templos, muebles, trajes

de moros y cristianos, armas, embarcaciones, enseres é instrumentos de labranza y de minería, el ataque y defensa de altísimas torres, autopsias cadavéricas, en fin, cuanto era reflejo de la vida material en aquel siglo.

Ya dijo el gran preceptista latino que los oídos son más perezosos en apoderarse de las cosas que los ojos, pues una mirada perspicaz comprende y hace suyo de un solo golpe cuanto por el oído necesita larga y á veces intrincada explicación, de suyo fatigosa. Aquí, pues, el historiador, el artista, el poeta, cuentan con un arsenal de datos de sin igual precio, que cogerán y aprovecharán al vuelo con sólo tener el libro sobre la mesa.

Basta con esto para que no pueda menos de recomendar con sumo interés y eficacia la Real Academia de la Historia á la protección oficial una obra que auxilios tan poderosos presta así á nuestro instituto histórico, como á otros muchos importantísimos ramos del humano saber. Todas las ciencias, todas las especulaciones del entendimiento se enlazan, se compenentran, se ayudan, hasta el punto de ser imposible que viva una enteramente divorciada de las demás.

La índole de la publicación que examinamos es de naturaleza tal, que cualquiera de las Reales Academias puede hablar de todo el conjunto, sin riesgo de equivocarse. Los editores se limitan á hacer lo que un espejo hace materialmente: á reproducir con toda exactitud ó identidad el objeto que delante se le pone. Como el espejo aminora por causa de la distancia el tamaño, los editores reducen al de 22 centímetros lo escrito de una plana que en el original mide 31; pero no por eso deja de aparecer tal como es en sí. Discretos han andado, pues, al adoptar para esta publicación un tamaño proporcionado y cómodo.

Ni el diestro artífice D. Antonio Selfa, ni nuestro erudito Correspondiente D. José Fernández Montaña, han querido dar una reproducción pintoresca y fácil del códice, representando el estado lastimoso que ofrece en muchas partes, por haberse mojado y estropeado cuando el horroroso incendio del siglo anterior, sino que le restauran ambos de mano maestra. Las páginas 1, 28, 29, y desde la 41 á 46, son las que padecieron más, hallándose casi borrado el texto en muchos parajes. El artista moderno y el docto

paleógrafo persiguen á fuerza de ojos las huellas de cada palabra, con tal acierto, que ni una sola vez han leído ó adivinado mal, según ha podido comprobarlo minuciosamente por sí mismo uno de los Académicos que suscriben. De aquí las merecidas alabanzas de los extranjeros que visitan aquella Biblioteca y se gozan en examinar esta reproducción excelente. Si la cromolitografía, al emplear para el estampado diversas piedras, incurre en pequeños é insignificantes desniveles, por ser de todo punto imposible un ajuste tal que la reproducción rivalice con los colores de la cámara obscura, se necesita vista de lince para notarlos en un escrupulosísimo cotejo del original y la copia.

Un realce más, de gran valía, tiene la publicación, en que no se había reparado hasta ahora todo lo que debiera. El libro no comienza donde parece, fáltanle las primeras hojas ó vitelas que contienen el encabezamiento y el índice. Por fortuna existen, como se ha dicho, aunque encuadernadas á parte y como un códice distinto; y los editores lo ponen acertadamente á la cabeza de la publicación; pues nos da la viñeta (cosa digna de ponderarse) el retrato del rey D. Alfonso X el Sabio; pero no en lo florido y brioso de los años, sino en los últimos de su vida, anciano y encanecido. No de otra manera debiera ser, pues que en 1276 y en 1279 en que se empezó y acabó la copia, contaba el Rey 53 y 56 años de su vida. Murió en 1284.

Teniendo en cuenta, pues, la utilidad é importancia de la publicación, los sacrificios y dispendios que lleva consigo, y no ser ésta de aquellas obras en que el público recompensa al autor ó editor amplia y merecidamente, al Gobierno corresponde otorgarle decidida protección. El *Lapidario*, del sabio rey D. Alfonso X, fotolitografiado y compitiendo con el original mismo, no debe ni puede faltar en las bibliotecas públicas, para común enseñanza y aprovechamiento de los estudiosos y advertidos.

La Academia, sin embargo, resolverá lo más conveniente.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA.

PEDRO DE MADRAZO.

Madrid, 31 de Septiembre de 1871.
